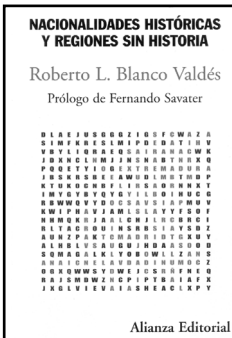


Nacionalidades históricas y regiones sin historia



ROBERTO L. BLANCO VALDÉS
Nacionalidades históricas y regiones sin historia
Editorial Alianza Editorial. Madrid 2005

Roberto Blanco Valdés, catedrático de Derecho Constitucional de la Universidad de Santiago, ha escrito un libro bueno y oportuno, lo que le hace doblemente recomendable. En pleno debate llamado con notable eufemismo «territorial», esta obra integra un esclarecedor recorrido por la biografía del Estado autonómico desde los trabajos del periodo constituyente con un balance de su situación actual y una mirada a su futuro de reformas prometidas.

El autor no se instala en un tratamiento únicamente jurídico-constitucional de la cuestión sino que su reflexión, asentada en el rigor y en la agudeza del razonamiento, adquiere musculatura como análisis político mediante la disección de las principales fuerzas de tensión sobre el Estado y su modelo de organización territorial —nacionalismos y pretendidos

federalistas— que confluyen en la descalificación de aquél.

Sostiene Blanco Valdés que España es ya un Estado federal, un federalismo «del revés» en su génesis respecto a los procesos federales canónicos pero equiparable a éstos en sus resultados y en la naturaleza de un sistema que se define por un altísimo nivel de autonomía política reconocido y garantizado a las Comunidades Autónomas. Este proceso, que lleva al autor a sostener el carácter federal del Estado, habría quedado rubricado como tal construcción federal con «la fuerza emuladora de los Estatutos de vía general» y su consecuencia, es decir, «la superación de la preexistente diferencia entre la naturaleza jurídica de los Estatutos generales y especiales», lo que el profesor Blanco Valdés equipara a «una mutación de la naturaleza del sis-

tema autonómico español según lo había prefigurado el legislador constituyente». De este razonamiento se desprende, a mi juicio, una precisión importante para entender cabalmente la tesis del profesor Blanco Valdés. La Constitución española no es una constitución federal, ni se fundamenta en los supuestos jurídico-políticos e históricos de una federación sino que es el proceso estatuyente posterior el que va definiendo características de la organización territorial que permiten sostener la resultante federal de esta trayectoria.

La asimilación del Estado autonómico a un modelo federal de distribución territorial del poder lleva al autor a singularizar en su crítica a los que hacen del federalismo un banderín de enganche retórico para vestir pretensiones que tienen mucho más que ver con la ruptura del modelo de Estado que con su perfeccionamiento.

Es de agradecer que el autor acometa la tarea de intentar, al menos, poner orden en el desbarajuste conceptual que afecta a términos como el de asimetría, homogeneidad, o plurinacionalidad, entre otros. Porque es a través de la banalización de los conceptos como se llega a los extravagantes disparates de los que todos los días se sienten legitimados para someter a su antojo las definiciones constitucionales básicas.

La interpretación federal del modelo de Estado exige a Blanco Valdés poner de manifiesto la manipulación a la que este principio de organización es sometido. Porque, entonces, no hay ya horizontes federales que alcanzar para nuestro

Estado; no hay nuevas fronteras que tantos gustan de anunciar cuando piden el reconocimiento de la pluralidad o el autogobierno como si fueran objetivos pendientes y no lo que realmente son, realidades consolidadas, posibles gracias al gran acuerdo de convivencia en democracia de los españoles plasmado en la Constitución. Fuera de ese terreno común de entendimiento no hay otro horizonte que el de la insolidaridad, la generalización del agravio y la desagregación afectiva, cultural y política en la que se hace inviable el Estado y se quiebra el sentido de un proyecto común.

En la presentación de la obra, el autor afirma que su libro trata de una perplejidad, «de una perplejidad —añade— compartida por millones de ciudadanos en España: la que a todos nos provoca el comprobar que cuanto más se ha descentralizado nuestro país, más insatisfechos —y más intransigentes— se han mostrado aquellos que han terminado por ser los beneficiarios principales de esa descentralización: los nacionalismos periféricos». Tan cierta es esa perplejidad como la complacencia ante la pujanza de lo que Blanco Valdés denomina «la obsesión ruritana» de los nacionalismos que hoy dictan la agenda política, en alusión al imaginario reino de Ruritania, recurso del que se valió Ernest Geller para describir la construcción de los nacionalismos. El propio título del libro ya apunta a la coartada que ha servido a esta estrategia, inherente al nacionalismo: proponerse como solución al problema que él mismo perpetúa.

Entiendo que llegados a este punto no basta –tampoco lo hace el autor– con hablar de los efectos de un sistema electoral que ha consolidado a los nacionalismos como fuerzas bisagra en lo que sí constituye una singularidad de nuestro sistema. Tampoco da cuenta de este problema la necesidad aritmética de sumar sus escaños cuando el Gobierno no dispone de mayoría absoluta. Esa recuperación de la «obsesión ruritana» que padecemos es en buena medida posible –y más preocupante– porque se inscribe en un contexto de descalificación de la Transición y del pacto constitucional, porque implica negar a la representación de casi diez millones de españoles su condición de parte necesaria en el consenso político nacional y –por último pero no menos importante– porque está alentada por el hecho sin precedentes de que la estructura constitucional del Estado ha quedado abierta como objeto de negociación con los nacionalistas para conseguir mayorías parlamentarias coyunturales. Y en eso es evidente que los nacionalistas no están solos sino cómodamente instalados en la posición en la que la izquierda les ha situado.

El profesor Blanco Valdés mantiene distancia y ecuanimidad al entrar en los terrenos donde la confrontación partidista ha sido más aguda. Pero no tiene reserva alguna a la hora de defender la necesidad del acuerdo entre los partidos mayoritarios como soporte político imprescindible para la estabilidad del edificio constitucional.

Teniendo presente esta dinámica de disgregación, Blanco Valdés aporta una

seria contribución a la eventual reforma del Senado con la que propone dotar mejor de contenido y de sentido constructivo al principio de representación territorial. Es el remate de una obra solvente que Fernando Savater en el prólogo recomienda leer a los políticos pero, sobre todo, a los ciudadanos «para que conozcan mejor la cartografía del mar proceloso por el quieren hacerles navegar». Y otra cosa: «para que recuerden que, a fin de cuentas, el barco lo mandan ellos en su conjunto y no contra-maestres accidentales apoyados por avispadas e insolidarias minorías...»

JAVIER ZARZALEJOS

RESEÑAS

Mirando atrás. De las filas de ETA a las listas del PSE

TEO URIARTE

Mirando atrás. De las filas de ETA a las listas del PSE

Ediciones B. Barcelona, 2005

España vive un tiempo de *revival*. La versión académica suele recibir el nombre de «revisiónismo». En síntesis, el revisionismo afirma que la Transición fue un fraude que hay que revisar, que la Cons-

titución exhibe una preferencia por la visión «derechista» y «centralista» de las cosas que debe ser corregida. Ese sesgo contrario a la izquierda y a los partidos nacionalistas se habría debido a la presencia activa de una amenaza militar que impidió un debate constituyente «libre» e «irrestringido», atendiendo al sentido que en la teoría del consenso habermasiana se concede a esos conceptos, y su consecuencia más clara habría sido que el PP detentó (ostentó ilegítimamente) durante ocho años el Gobierno de la Nación. Estamos, por tanto, a juicio de los revisionistas —entre los que se encuentra el propio Gobierno socialista—, en un momento constituyente; pero no en un proceso en el todos deban participar en igualdad de condiciones, sino en uno que debe «compensar» lo que se hizo en 1978: se debe atender exclusivamente al criterio de quienes, según se afirma, estuvieron forzosamente ausentes o fueron arrumbados entonces (es decir, de ellos mismos). Obviamente, la consecuencia de este razonamiento es que el sistema que ha estado en vigor desde 1978 hasta hoy es ilegítimo y encarna los contravalores de la izquierda y de los partidos nacionalistas, particularmente los del actual Presidente del Gobierno.

El *revival* obliga a extender una acusación de «colaboracionismo» a quienes han aceptado la legitimidad de la Constitución de 1978 y se han atenido a ella. Una acusación latente y difusa cuando afecta a los dirigentes socialistas —«debisteis haber hecho la ruptura en 1982, y no dejaros cegar por el poder que se os

dio aquel 28 de octubre; en 1996 recibisteis el justo castigo a vuestro acomodo»—, y explícita cuando se trata de los del PP. El «adanismo» que manifiesta Rodríguez Zapatero tiene su origen en este pensamiento, que impide reconocerse en un ejemplo, en una tradición, en una historia, en una filiación posterior a 1978. Sólo en el mito republicano y en el del exilio encuentra el revisionista agua lo bastante clara como para merecer su sed de pureza ideológica.

En ese impulso revisionista, cada personaje va ocupando su lugar: una nueva Transición —esta vez «de verdad»—, exige una nueva reforma política, unas Cortes que estén dispuestas a efectuar una nueva inmolación cuando lleguen a ellas estatutos inconstitucionales; un PP y un socialismo constitucionalista español que asuman su culpa y desaparezcan, que no crispen; una nueva descentralización. Y nuevas leyes de amnistía para los delitos de terrorismo. Porque, claro está, la ETA actual evoca en el ánimo del revisionista a la ETA que «abrió el camino a la democracia» cuando voló el coche de Carrero Blanco; desde la perspectiva revisionista, ¿qué diferencia habría entre lo acontecido en la calle Claudio Coello en 1973 y lo ocurrido en la calle José Silva de Madrid en 1995?

Ésa es una pregunta capital que casi sin quererlo y de modo implícito ha sido respondida por Eduardo (*Teo*) Uriarte. Al escribir sus memorias, *Mirando atrás. De las filas de ETA a las listas de PSE*, Uriarte ha escrito uno de los mejores alegatos contra el revisionismo, probablemente sin pretenderlo, o, al menos, sin preten-



der sólo eso. El libro merece ser leído por muchas razones, y merece ser estudiado por algunas. Pero sin duda, su mayor virtud, y tiene muchas, es de carácter moral: permite entender que la ETA que mató a Carrero fue esencialmente la misma que intentó matar a Aznar, pero no porque los revisionistas tengan razón alguna en sus tesis, no porque entre la España de 1995 y la de los primeros años setenta exista similitud política, sino porque ETA mató a Carrero para establecer una (otra) dictadura, razón por la que trató de matar a Aznar y por la que mató a Miguel Ángel Blanco, a Fernando Buesa o a cualquiera de sus víctimas. Ese «éxito» de ETA fue el origen del atentado de la calle del Correo de Madrid, frontera invisible entre la «ETA buena» y la «ETA mala», una tipología que si en algún momento parece que es empleada por Uriarte, termina por desaparecer por completo a medida que la simple rememoración de lo que sentía y pensaba en 1973 —en la cárcel— va dejando paso a la reflexión y al juicio maduro: «El que intente traspasar ese foso (el de la amnistía de 1977) hacia el pasado, buscando justificar, por ejemplo, la existencia de una ETA buena,

inmediatamente descubrirá que por el otro lado se le intentará justificar (...) la represión que duró cuarenta años (...). No es que hubiera una «ETA buena», cosa que pueden descubrir que yo tampoco acepto: es que necesitamos poner una barrera con nuestro pasado de enfrentamientos» (pág. 224).

Antifranquismo no significa democracia. Eso es lo más importante de lo mucho que enseña *Mirando atrás*. Del error de no entenderlo así, han nacido los infinitos extravíos que la izquierda ha cometido en la lucha antiterrorista, y de él, en combinación con la militancia revisionista del Presidente del Gobierno, nace la ruptura del Pacto por las Libertades y contra el Terrorismo, y la idea de que la quiebra del orden constitucional (actividad que el PSOE considera ahora un modo de «hacer política», atendiendo a la resolución aprobada en el Congreso de los Diputados el pasado mes de mayo para ofrecer a ETA una negociación) puede «hacer ver» a los terroristas que España, ahora sí, ha cambiado de verdad. Se trata de «convencer» a ETA de que ya no hay motivo para matar; o mejor, de convencerla de que no lo va a haber, porque se van a cambiar la Constitución y el Estatuto vasco, porque va a haber democracia. La mera existencia de ETA es contemplada por el revisionismo como una «prueba» de su lucidez, porque la violencia «expresa» una injusticia.

De las filas de ETA a las listas del PSE, subtítulo Uriarte sus memorias. ¿Por qué ese tránsito? ¿Qué explicación hay? Una vida que lleva desde ETA hasta la defensa vigorosa de la Constitución de 1978

parece exigir un momento de «conversión», un instante, un suceso. Es central la condena a muerte en el Proceso de Burgos, pero hay una coherencia de fondo que impide identificar con claridad un momento crítico. Ninguna razón que concierna a la evolución política de España; al menos, no decisiva. ETA nunca ha combatido por la democracia, y es absurdo convertir a la banda en auditor de nuestra virtud democrática. Por el contrario, sirvió al franquismo, como ahora sirve al nacionalismo, que en realidad han sido sus verdaderos beneficiarios. Al asociar a ETA con el antifranquismo, el franquismo se reforzó; al vincular la desaparición de ETA a la satisfacción de sus objetivos sectarios, el PNV ha dispuesto de un medio de presión ilimitado. El sabotaje de Arzalluz a la integración de los «polimilis» puede ser un ejemplo (págs. 268 y siguientes). Entonces, ¿por qué de las filas de ETA al PSE? Simplemente, Uriarte se hizo demócrata español porque entendió que la democracia española de 1978 defiende apasionadamente la libertad. Es un asunto personal, un dato biográfico, una actividad de «su» espíritu. Y «a pulso», sin maestros: «Es increíble lo que a los que nos metimos en política desde la izquierda nos ha costado superar el prejuicio de que antes de nosotros no había existido nada más que opresión, y que la misma existencia de España era sólo el producto de la Administración y del Ejército (...). España, como nación, es el resultado de una adhesión política mucho más profunda de lo que creíamos» (pág. 457). Uriarte no dejó de mili-

tar en ETA porque España pasara a ser una democracia, sino porque él mismo se convirtió en un demócrata, entendió el valor y el sentido de la democracia liberal, del Estado de derecho y de los derechos fundamentales, de la ley y de la Nación Española nacida políticamente en 1812. Esa comprensión de los valores y los fundamentos morales de la democracia española se produjo como consecuencia de un empeño personal en la lectura, en el aprendizaje, en la búsqueda de la verdad. Ese empeño fructificó y convirtió a Uriarte en un valeroso militante de la izquierda democrática y en un excelso defensor del sistema político de 1978. A esa evolución no son ajenos su encarcelamiento como contexto (sobre su encierro en la prisión de Cáceres, afirma que allí «volví a ser la persona tratable y poco sectaria que fui antes de entrar de liberado en ETA», «a Cáceres le debemos mucho», pág. 158), ni la cercanía de Mario Onaindía, una presencia constante, una amistad «total» que no impidió discrepancias de fondo sobre la relación de Euskadiko Ezkerra con la izquierda abertzale y con ETA, por ejemplo: «No estábamos de acuerdo», titula expresivamente.

En *Mirando atrás*, no hay, al menos no es evidente, una revisión edulcorada de la historia, o de las historias que se cuentan; la violencia impregna toda la obra, ejercida o padecida, pero no la domina. Uriarte declara al inicio que ésa ha sido su intención, «desdramatizar». Lo consigue, hasta el punto de que la muerte irrumpe en la historia sin mayor aviso, en un control policial o en un

descuido, sin que se la vea venir. No es ésa, desde luego, la postura más incómoda que Uriarte podía adoptar, pero no es deshonesta.

Su peripecia biográfica es apasionante y está explicada sin alardes estilísticos, lo que la hace más veraz. Es tentador tomar esos sucesos (su nacimiento y su infancia en Sevilla; la relación con su padre; el colegio, el acento andaluz), esas historias, como lo más valioso de la obra. Es lo más evidente, y lo propio de una biografía, y es valioso; pero no es lo más valioso. Hay una teoría política de fondo, construida por Uriarte de modo casi «artesanal» y esforzado, que extrae y proyecta sobre la vida política vasca y sobre su propia vida, y que la ilumina cada vez con más fuerza, una teoría que va haciéndose explícita hasta alcanzar algunos pasajes magníficos en el capítulo 16 («Qué mal tiene que estar el país para que me den una medalla a mí», titula), como el que explica la alegría de Mario Onaindía («me parece cojonudo») –gravemente enfermo– por ser invitado al acto de constitución de una asociación benéfica de la Guardia Civil, entendida ya como garantía de la libertad. Lo insólito, lo mejor, lo ejemplar es el esfuerzo por adoptar una posición moral, ante los propios actos, ante la política vasca y española. Y aceptar las consecuencias: la pobreza, el impacto familiar, la amenaza. En diciembre de 2003 el Gobierno le concedió la medalla al mérito constitucional.

MIGUEL ÁNGEL QUINTANILLA NAVARRO

La trampa del consenso

THOMAS DARNSTÄDT

La trampa del consenso

Trotta, Madrid, 2005

La noción de consenso –así como la del resto de su familia lingüística en el vocabulario político: pacto, contrato, acuerdo, diálogo, etcétera– insertada rutilantemente en el imaginario, pero también en la praxis, de gran parte de los Estados modernos, ha llegado a poner a ciudadanos e instituciones en situaciones muy comprometidas: materialmente, entre la espada y la pared. Hoy, a pesar del atractivo envoltorio (políticamente correcto) en que suele presentarse en sociedad, representa una indudable amenaza para las democracias, un instrumento de coacción que provoca corrupción, bloqueo y quiebra.

Este es, en esencia, el diagnóstico que realiza Thomas Darnstädt, conocido periodista de la revista *Der Spiegel*, en su reciente libro, *La trampa del consenso*. El título del volumen es suficientemente significativo del propósito de crítica que anuncia, y cuyo contenido en absoluto burla o frustra. Más bien al contrario, sus páginas justifican y documentan convincentemente las razones de una prevención sobre concepto tan sospechoso, bastante asentada en los círculos liberales. El trabajo en cuestión, a medio camino entre la crónica periodística y el análisis socio-histórico, aborda de ma-

nera pormenorizada el ingobernable escenario social y político creado en la Alemania contemporánea, a raíz del reparto de competencias entre la Federación (*Bund*) y los Estados federados (*Länder*). Esta vaga repartición, sancionada en la Ley Fundamental de 1949, en el contexto de la inestable Alemania unificada, ha acelerado el «desarme del Estado», consumando así el «bloqueo de la República».

El tema resulta especialmente atractivo para los estudiosos de la filosofía del derecho y la política, y no deja indiferente a toda persona interesada en seguir los avatares de realidad (y ficción) institucional que se ciernen sobre el continente europeo en las últimas décadas, más que nada si concierne a las zozobras y convulsiones internas generadas en uno de sus países más prominentes por razones económicas, geoestratégicas y de población, como es Alemania. Pero el valor de la investigación referida no acaba ahí. Además de una cruda descripción de daños ya manifiestos, comporta un revelador aviso, y, en el fondo de todo, un neto desvelamiento acerca de los peligros que representa el consenso cuando es elevado a la categoría de fetiche o talismán, de instrumento privilegiado y totalizador en el que se confía la organización y el destino de las relaciones sociales, políticas y jurídicas de un país. Ocurre que lejos de garantizar la organización de lo público –lo que ya supondría en sí mismo una inquietante perspectiva–, el consenso se ha convertido, según la afortunada descripción de



Darnstädt, en «una forma carísima de organizar la irresponsabilidad», en una institución en la que la regla de la mayoría ha quedado obsoleta, siendo sustituida por el diálogo sin fin que se alimenta a sí mismo, una especie de *feedback* diabólico que el autor resume en esta imagen: «la búsqueda del consenso es como beber agua salada. Cuanto más se intenta aplacar la sed con ella, más sed se tiene» (pág. 148). El consenso adquiere, asimismo, una excusa perfecta, una coartada, con la que los gobernantes eluden la acción de gobierno y su inexcusable responsabilidad para transformarse en mero árbitro, en relaciones públicas, en maestro de ceremonias o en simple «animador político» que reúne y pone de acuerdo a las partes. O no. En tal caso, poco importa. Nueva ronda de negociaciones y volver a empezar. Esto sucede en Alemania y en España. Y en muchos otros países. La ONU sería su epítome.

El consenso, concebido como supremo artificio con poderes constitucionales de decisión, con atributos casi mágicos, destinado a la resolución/disolución de conflictos, ha instituido de hecho una especie de democracia deliberativa y

«negociadora» que socava severamente las bases tradicionales de la democracia representativa y parlamentaria.

La teoría y práctica del consenso, tras las reflexiones doctrinales desarrolladas por la teoría política que transcurre desde Thomas Hobbes a Jürgen Habermas, es heredera del ideal contractualista, para el cual el orden social queda fundado y sostenido merced a un pacto entre partes en liza que exige un entendimiento. Pero también el sacrificio de alguna de sus posiciones de partida, alguna de ellas esencial para el conjunto que las vertebra. Esto último no siempre lo publicitan con claridad sus patrocinadores (de ahí, el hablar de «la trampa del consenso»), para quienes *toda* negociación es positiva y valiosa, *todos* resultan ganadores y poco falta para creer que sale gratis. La fábula del consenso ha crecido hasta llegar a delinear así como un imperalismo o totalitarismo del consenso, un jábrete, sésamo! o un jale-hop! del arte procedimental de la política y la discusión pública que dulcifica y purifica lo que toca: con diálogo y consenso, viene a sostener el hechizo, *todo* se soluciona y despacha, desde un acuerdo sobre el precio de los carburantes para los agricultores, la ley sobre envasado que introduce la obligatoriedad del cobro de tasas por latas y envases de plástico de acuerdo con un sistema funcional (lo que denomina Darnstädt irónicamente el «drama del envasado» alemán) o incluso el terrorismo global.

El rito del diálogo sin término, el mito del consenso, el sueño de la razón deliberativa, genera monstruos. También un ru-

moroso leviatán mucho más complicado de gobernar y confuso de entender de lo que se cree y se dice de él. Implanta, de cualquier manera, un entramado endemoniado de intereses inconfesados, de deudas pendientes y, a menudo, de oscuros propósitos. Instauro, a poco que uno se confíe, un aparatoso montaje profundamente erosionador para el sistema democrático, aunque a primera vista se le antoje a la opinión pública cosa simpática, deslumbrante y balsámica; de ahí, nuevamente, su sentido «tramposo», embaucador y aun estafador.

He aquí un asunto que debería preocupar seriamente a los ciudadanos. Y no sólo de la actual Alemania, atada de pies y manos, y, a la postre, «decapitada», enredada, en fin, en la tela de araña del consenso, sino a Europa entera y al resto del mundo. La trama del mismo resulta particularmente crítica para una nación como España, la cual ha tomado como modelo las evoluciones constitucionales germanas y es víctima actual de procesos de experimentación —y aun diría de conspiración— federalista, tras cuyo embrujo cree insertarse así en el corazón de Europa, aunque más bien la conduce a una nación sin futuro, a un país de nunca jamás.

La lectura del libro advierte de una circunstancia extraordinaria a la vez que sombría: mientras Alemania, rea de los profundos errores y abusos descentralizadores y federalistas en que ha incurrido en sus últimos años, intenta corregir y enmendar un sistema fallido y desdichado, en España la actual alianza de partidos nacionalistas, comunistas y

socialistas en el poder aspira a imponerlo como sea. Justamente, acerca de la revisión de la deriva federalista alemana ha escrito Horst Risse en *Cuadernos de Pensamiento Político* (nº 7) un minucioso y clarificador estudio, bajo un título que tampoco se anda con rodeos y escapatorias: «La crisis del federalismo alemán». El consenso –previene, por su parte, Darnstädt– comporta con su despliegue un probado peligro desintegrador, particularmente grave en países federales (como Alemania) o «para-federales» (como la actual España de las Autonomías), en los que a las inacabables contiendas corporativas, sindicales y de actividades diversas, se suman las rivalidades territoriales, ordinariamente catalogadas como «sagradas competencias» de los *Länder* o de las Autonomías.

Llama el autor la atención, por lo demás, sobre el banal e indocumentado cliché, hecho doctrina entre nosotros, según el cual la descentralización y el federalismo es actitud «progresista», mientras el recorte de recursos y atribuciones a las regiones, la denuncia de los vetos particularistas y el centralismo, en suma, supone una antigualla reaccionaria típica de los «conservadores». Pues bien, el Gobierno socialdemócrata alemán ha mantenido una disputa con/contra la oposición cristiano-conservadora a fin de que las prerrogativas que hoy disfrutaban los *Länder* sean restringidas en beneficio de la Federación o *Bund*.

El consenso, en efecto, no sale gratis, sino que tiene un alto precio, y suele cobrarse no pocas víctimas como resul-

tado de su puesta en escena en la arena política. Por lo general, paga la «mayoría silenciosa», el «agente social» menos rápido y perspicaz, o simplemente menos pillito. Como afirma Francisco Sosa Wagner en su muy notable introducción al volumen: «el consenso con “los sectores interesados” acaba, en la realidad, sentando a la mesa a unos pocos, en rigor muy pocos “interesados”, siempre sujetos sospechosos por sus privilegios: los que gozan de mayor influencia social, quienes más capacidad tienen para alterar el orden público o cuentan con más posibilidades de acceso a los medios de comunicación, o simplemente los más entrenados en el arte de enredar...» (pág. 38). De tal suerte, la democracia moderna parece dar un paso hacia atrás. Su principal riesgo, según advirtió, entre otros, Alexis de Tocqueville, ya no sería la tiranía de las mayorías sino la tiranía de las minorías artificiales, simuladas y sobrevenidas, de los grupos organizados, de las sectas federadas, de los eternos descontentos, de los gremios acantonados: «Una suerte de palingenesia del orden feudal que urge desterrar». (pág. 40).

Escribía Thomas Hobbes en el *Leviatán* que los pactos sin espada no son más que palabras, sin fuerza para proteger al hombre, en modo alguno. Esto decía uno de los principales teóricos del contractualismo. Hoy, más de trescientos años después, el consenso resulta ser algo más serio que una linda palabra: se ha convertido en espada de Damocles que pende sobre nuestras cabezas, sobre las democracias modernas, con peligro de perderlas, a menos que nos percatemos

de su trampa y seamos capaces de neutralizar su poder de atracción y de dominación.

FERNANDO R. GENOVÉS

Europa y Estados Unidos. Una historia de la relación atlántica en los últimos cien años

J. M^a. BENEYTO, R. M. MARTÍN DE LA GUARDIA Y G. Á. PÉREZ SÁNCHEZ (DIRS.)

Europa y Estados Unidos. Una historia de la relación atlántica en los últimos cien años

Ed. Biblioteca Nueva

Uno de los acontecimientos recientes más significativos en las relaciones internacionales, quizá el más significativo, ha sido el «cisma» de Occidente, originado por las divergencias entre países europeos, en primer lugar, y consecuentemente, entre algunos de éstos y los Estados Unidos, acerca de la guerra de Irak. La crisis transatlántica,

de la que el «cisma» sobre Irak era más manifestación que origen, sacó a la luz el deterioro en unas relaciones que habían pasado por ser ejemplares, casi idílicas, durante décadas, las que duró la Guerra fría. Y aunque la etapa más enconada del «cisma» se ha quedado atrás, como simboliza la visita que el Presidente Bush giró en febrero de 2005 a las instituciones europeas, la crisis aún no se ha superado en su integridad.

En esta coyuntura resultan fundamentales los estudios y análisis que lleven a una mejor comprensión de la historia de las relaciones entre los dos lados del Atlántico norte, que siempre han sido bastante más complejas y dinámicas de lo que la superficie ha mostrado. Y resulta aún más indispensable que los estudios y análisis se hagan con el reposo debido y más allá de las imposiciones de la «corrección política». El libro *Europa y Estados Unidos. Una historia de la relación atlántica en los últimos cien años* es, desde este punto de vista, un libro necesario.

Como todo libro compuesto de capítulos concebidos por autores diferentes, aunque bajo una común dirección y con una evidente coherencia interna, se perciben diferencias entre los puntos de vista, la perspectiva y la narrativa de los diferentes autores. Así, la mayoría de los capítulos siguen una perspectiva historicista; los dos finales responden, respectivamente, a una perspectiva económica (el X) y otra institucional (el XI, interesante disección de la Nueva Agenda Transatlántica), y el epílogo, del profesor Beneyto, constituye el más claro ejemplo de perspectiva analítica.

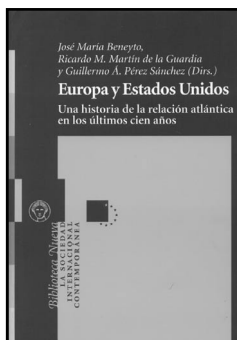
En todo caso, conviene reiterar, el libro es necesario en cuanto nos conduce a la reflexión, más allá de los tópicos demasiado repetidos, sobre todo, a raíz de la crisis de Irak, sobre el pasado, presente y futuro de las relaciones transatlánticas. De los aspectos fundamentales que el libro enfoca en su justa medida, me permito subrayar los siguientes:

– Estados Unidos y el multilateralismo: el libro, sobre todo en los capítulos iniciales, que se centran en la narrativa histórica de las relaciones transatlánticas, describe con exactitud la delicada tensión entre aislacionismo e internacionalismo que caracteriza la política exterior estadounidense desde prácticamente sus inicios. Es importante, en estos tiempos en que se tilda la política exterior estadounidense en bloque de unilateralista, restablecer los datos históricos incontestables: EE.UU. fue el inspirador y creador del multilateralismo moderno, de la Sociedad de Naciones a Naciones Unidas. Estas últimas, por cierto, supusieron ya un intento de establecer lo que hoy se conoce por «multilateralismo eficaz» frente a la parálisis de la ineficaz Sociedad de Naciones.

– Estados Unidos y la construcción europea: la actitud estadounidense hacia la construcción europea tampoco ha sido lineal. Como en el caso anterior, convive una tensión entre apoyo –incluso fomento– de dicha construcción e indiferencia cuando no recelos ante la misma. El libro explica de forma clara cómo EE.UU. en los años 50 y 60 fue un gran valedor de la política de integración europea, incluida la dimensión militar, y

cómo fue más bien el lado europeo del Atlántico (De Gaulle) quien frustró o retrasó las expectativas.

– La raíz del cisma: otro acierto del libro es situar las divergencias entre las dos orillas del Atlántico en su perspectiva histórica, que tampoco es de antesdeayer (Irak). Diferentes percepciones de la realidad internacional, e incluso de la propia realidad transatlántica, siempre han existido. El cisma necesitó, sin embargo, para escenificarse el acontecimiento mayor de la caída del Muro y el de la guerra de Irak para precipitarse. No obstante, el único aspecto de las relaciones transatlánticas que se echa de menos en el libro es una referencia amplia y pausada a un asunto básico en la crisis transatlántica, a saber, la creciente divergencia en la percepción de los valores a ambos lados del Atlántico. Es un asunto sin duda complejo y delicado, pero cuestiones como la diferente concepción acerca de, por ejemplo, el tema de la pena de muerte o la prevención *versus* intervencionismo tienen un poso ideológico indudable, sobre el que quizá en otro libro habría que profundizar. Y, por cierto, ya que se menciona lo que falta, no está de más apuntar a una sorprendente afirmación que, en mi opinión, sobra en el libro, cuando en el capítulo VII se afirma que las primaveras de Praga y París representan «la reacción a dos formas de autoritarismo» para a continuación definir el «autoritarismo» gaullista como «el signo más existencial que político expresado por una sociedad tecnológicamente avanzada en la cual las libertades formalmente garantizadas están de hecho limi-



El colapso de la República. Los orígenes de la Guerra Civil (1933-1936)

STANLEY G. PAYNE

El colapso de la República. Los orígenes de la Guerra Civil (1933-1936)

Esfera de Libros. Madrid 2005

tadas por un sistema de organización del trabajo tendencialmente represivo». El análisis tiene un cierto perfume neomarxista y la comparación implícita entre los sistemas occidentales y el soviético es, cuanto menos, injusta e injustificada.

— El futuro de las relaciones transatlánticas: el epílogo del profesor Beneyto es interesante y realista, a la par que moderadamente optimista. Sin duda, para poder contrarrestar la tendencia creciente al deterioro en las relaciones transatlánticas, resultan factores esenciales, como menciona Beneyto, la complementariedad de capacidades militares, la cooperación económica y una acción internacional consensuada, en lugar de una división del trabajo rígida cuando no una competición o contrapeso, entre ambos lados del Atlántico. Lo que no está tan claro, desde mi punto de vista, es que un ejemplo adecuado de posible acción común consensuada sea el desarrollo de la iniciativa americana conocida como «*Broader Middle East*», aunque esa discusión sería materia seguramente de otro libro.

ANA MENÉNDEZ

La Guerra Civil sigue siendo la estrella de la producción editorial de libros de historia en España. Lo fue durante décadas dentro y fuera de nuestro país, y todavía hoy sigue atrayendo la atención de historiadores, periodistas, novelistas y lectores. Probablemente lo seguirá siendo en los próximos años, no ya porque ciertas iniciativas del actual Gobierno devuelvan actualidad al tema de la represión y la violencia, también por el simple hecho de que en el año 2006 se cumplirán sesenta años del comienzo del conflicto y parece haber no pocos intereses en mantener viva la memoria del antifascismo.

Se ha avanzado mucho en el conocimiento de múltiples aspectos de la guerra, y cualquier lector interesado en aproximarse a los hechos y a una buena interpretación de los mismos, no habrá de tener demasiados problemas escogiendo cinco o seis libros, algunos recientes y otros menos. Es verdad que encontrará profundas diferencias en cuestiones básicas —hasta en hechos

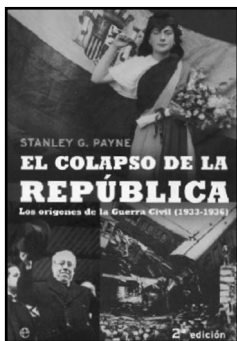
supuestamente objetivos—, pero si se empeña podrá formarse una opinión bastante sólida del transcurso del conflicto y de las intensas batallas ideológicas que se libraron en ambos bandos.

La situación es bien distinta si nos referimos al último año de vida de la Segunda República. No abundan los estudios en profundidad sobre la terrible crisis social, política y económica que se vivió entre enero y julio de 1936. Seguramente hay razones para explicar esa laguna, pero resulta chocante que el momento más delicado en la vida política de la República haya sido, precisamente, uno de los menos estudiados. La publicación en español del último libro de Stanley G. Payne es, por tanto, una grata noticia, pues no es otro su objetivo que ese período más o menos olvidado por la historiografía. El libro tiene, por tanto, una primera virtud que es la de la oportunidad; y como el resultado es, a mi juicio, muy bueno, habrá que considerar de aquí en adelante a este trabajo como una referencia imprescindible para entender la quiebra del sistema político republicano inmediatamente anterior al estallido de la guerra.

Quiebra anterior a la guerra, en efecto, pues no otra fue la realidad aunque no siempre se haga demasiado hincapié en este aspecto. Con frecuencia, el estallido de la Guerra Civil ha sido y es descrito como el efecto de un golpe de Estado militar que habría dado al traste con un régimen democrático cuya única culpa habría sido la de haber querido implantar en España la democracia, defendiendo la libertad y la igualdad de los

españoles en un contexto muy difícil. A estas alturas, la verdad, es cuanto menos sorprendente que todavía ésa sea una opinión extendida. Tiene, sin embargo, una gran virtud que la hará perdurar por mucho tiempo: da una versión simplista pero eficaz del golpe de Estado como una reacción de la derecha contra el reformismo republicano, eximiendo al régimen y a sus gobernantes de culpa alguna y depositando todo el peso de la justicia en los militares y en la dictadura que siguió a la guerra. Mientras los herederos de la izquierda republicana y socialista no hagan autocritica, esa versión seguirá gozando de buena salud. Como no es ese el caso de Stanley G. Payne, cuyos libros anteriores no se caracterizan precisamente por la estrategia de la confusión ideológica, no es extraño que haya decidido abordar, con la eficacia y amenidad que le caracterizan, la compleja trama de errores, despropósitos y decisiones que mataron a la democracia republicana antes de que algunos militares decidieran cambiar el rumbo de la historia y condujeran al país a una sangrienta Guerra Civil.

La amplísima literatura sobre la Guerra Civil, escribe Payne, «ha oscurecido el hecho de que, parafraseando a Ortega, son sus orígenes lo primero y quizá lo más importante que hay que saber acerca de la misma, las razones del colapso de la República democrática» (507). Si como él mismo señala, las explicaciones «simplistas y reduccionistas» de ese fracaso —al estilo de las que lo atribuyen a razones socio-económicas— no se sostienen, conviene dejar claro que el colap-



so se debió, sobre todo, a factores de índole política, esto es, a la acumulación de decisiones y estrategias políticas nefastas, algunas de las cuales, especialmente las que venían del Partido Socialista y del Partido Comunista, buscaron deliberadamente dinamitar lo poco que el régimen republicano tenía de democracia liberal. Por si había alguna duda, el estudio de Payne confirma que antes de que tuviera lugar el golpe de Estado y empezara la guerra, no fueron pocos los que, amparados en el título de defensores de la democracia republicana, trabajaron intensamente para acabar con el pluralismo e imponer una política de acoso y derribo de la oposición, valiéndose para ello de la colaboración indispensable de una izquierda republicana que, salvo excepciones, y no precisamente la de Azaña, no hizo nada para enfrentarse al extremismo izquierdista y sí mucho para expulsar de la República a la oposición conservadora y practicar una política de purgas en la Administración y en los cuerpos de seguridad que fue todo menos democrática. No son pocos los factores que debieran tenerse en cuenta para comprender que lo poco que tuviera de liberal-democrá-

tico el régimen republicano quebró mucho antes de que estallara la guerra. Payne aborda la mayor parte de ellos, aunque algunos, a mi juicio, debieran haberle merecido una mayor reflexión, especialmente lo que se refiere al modo en que el diseño constitucional de la República había hecho de ésta, desde el mismo año 1931, una democracia subordinada a un concepto revolucionario del cambio de régimen y del ejercicio del poder. Más comprensible resultaría así, que cuando tuvieron lugar las primeras elecciones generales ordinarias, en noviembre de 1933, la reacción de los partidos de izquierda a la victoria del centro y la derecha, consistiera en dar por muerta la democracia republicana y exigir al Presidente de la República que anulara el resultado electoral. No obstante, Payne muestra exhaustiva y claramente que a partir de ese momento, lo que él denomina «el punto de inflexión» de 1933, y hasta el golpe de Estado de julio de 1936, la vida política estuvo sometida a la mezcla de cuatro peligrosos factores: una fortísima polarización, una crisis de legitimidad en cierto modo irreversible, una proliferación sin igual en el resto de Europa de las ideologías revolucionarias, y una violencia política endémica. Los cuatro, explosivamente combinados, hicieron que la República que empezó a presidir Azaña en abril de 1936 fuera todo menos una democracia liberal. La insurrección revolucionaria de las izquierdas en octubre de 1934, la destrucción a finales de 1935 del único partido leal y centrado del régimen, el Radical de Alejandro Lerroux, el empeño de Alcalá

Zamora de cerrar el paso a un Gobierno presidido por la derecha católica y su decisión en diciembre de 1935 de disolver el Parlamento en el peor de los momentos posibles, todo esto desgastó de tal manera las instituciones e incentivó la polarización hasta tal grado que cuando se celebraron las elecciones generales en febrero de 1936, no pudo sorprender a nadie que se convirtieran en una lucha a suma cero en la que, ganara quien ganara, el colapso de la República sería sumamente difícil de evitar. Y sin embargo, la izquierda republicana, que gobernó al amparo del apoyo socialista y comunista y con el paraguas del Frente Popular, huyó de posiciones de centro e hizo todo lo posible para dejar que la izquierda obrera materializara su afán de revancha y persecución política. Azaña, al que Payne dedica párrafos tan duros como ajustados a la realidad (véase especialmente los de la pág. 531), fue, a partir de febrero de 1936, el capitán de un barco a la deriva en el que, con el beneplácito de la izquierda republicana y ante la impotencia de unos pocos moderados, fue la izquierda socialista y comunista, ya para entonces muy bien organizada por y para la violencia, la que decidió el rumbo de los acontecimientos.

«Los ciudadanos pacíficos —escribió Miguel Maura a finales de junio de 1936— viven con la sensación de que las leyes son letra muerta y que los incendios, asaltos, allanamientos de morada, homicidios, insultos y agresiones a la fuerza armada han dejado de figurar en los preceptos del Código Penal para quienes pueden alegar como eximente el uso de

la camisa roja y azul [colores de las Juventudes Socialistas Unificadas], o la insignia estrellada con la hoz y el martillo. El puño en alto es salvoconducto y talismán que permite los mayores excesos». «Hoy la República —concluía— no es otra cosa —quiero creer que inconscientemente— que la parte exaltada y revolucionaria de la masa proletaria, que al socaire del sistema democrático y liberal y de la ceguera de algunos hombres representativos de los partidos republicanos prepara con prolija minuciosidad el asalto al poder y el exterminio de la organización social, capitalista y burguesa». Ante esa situación, que otros muchos testimonios, incluidos los de protagonistas de la izquierda, han ratificado, la derecha, como reconoce Payne, fue obligada a elegir entre dos alternativas: resignarse a ser perseguida, expulsada y hasta asesinada, o bien apoyar algún tipo de movimiento de reacción liderado por los militares. No hay que olvidar, además, que el propio Maura, y otros tantos republicanos de centro, llegaron también a la conclusión de que sólo una dictadura republicana podía resolver la terrible crisis en que se encontraba el país. La explicación detenida de cómo fue posible llegar a esa situación desde que el centro-derecha llegara al poder en 1933, y de cómo eso desembocó en un desplome completo del Estado de derecho que la rebelión militar no hizo sino certificar, es el propósito, bien logrado a mi entender, del nuevo libro de Stanley G. Payne.

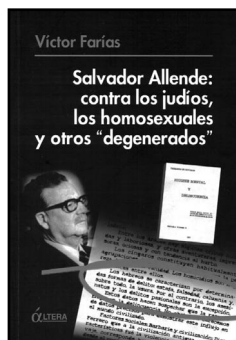
MANUEL ÁLVAREZ TARDÍO

ICONOS CAÍDOS

VÍCTOR FARIÁS

Salvador Allende: contra los judíos, los homosexuales y otros «degenerados»

Editorial Áltera



Todas las ideologías revolucionarias del siglo pasado tienen en su impulso galvanizador la necesidad de un mito fundacional, de una referencia a una Arcadia sobre la cual, mirándose, deciden destruir la realidad en busca del renacimiento de aquélla.

En el caso del marxismo (un totalitarismo más, nacido a la sombra de aquella «muerte de Dios» que Friedrich Nietzsche anunció), la búsqueda de esa Arcadia Feliz en la que ya no existiría opresión ni explotación, esa Arcadia donde el hombre ya no sería lobo para el hombre, resultó que la «figura» de un «conductor» era tan necesaria como en el de su homólogo totalitario, el fascismo.

A nadie se le oculta que sin la férrea actitud de Lenin, Stalin, Mao o Pol Pot, la sociedad no se hubiera sometido al más brutal de los experimentos sociales que devastó millones de vidas humanas.

Aquellas «figuras» fueron cuasi divinizadas por los partidos que encuadraban a las masas en pos del paraíso comunista. Pero... ¿qué ocurre cuando un «icono» del marxismo es descubierto como un alentador del racismo?

Víctor Fariás, que fue ensalzado por rastrear la conexión entre Heidegger y el nazismo, ha sido ahora denostado, censu-

rado y casi perseguido por encontrar esa conexión —cierta, real y terrible— del nacional-socialismo con Salvador Allende. El que fue Presidente de Chile quedó en la memoria colectiva de esa izquierda victimista, para la cual sólo ella encarna la auténtica democracia, como el hombre que fue asaltado en el Palacio de la Moneda por las crueles hordas pinochetistas. De aquellos luctuosos acontecimientos, acompañados para siempre con la música de Víctor Jara y de Quilapayún, la Historia —escrita por los progresistas— quiso dejar a Salvador Allende el papel del hombre bueno que quiso una República libre, democrática y justa.

Sin embargo... hay cuestiones que, como el *boomerang*, cuando se arrojan al viento, vuelven con más fuerza y te destruyen. Y Salvador Allende navegó por las oscuras aguas de la eugenesia y del racismo. El libro que Áltera ha editado con toda valentía, sorprende por su acidez, por su descarnada exposición de un pasado tan increíble como siniestro en la vida de Salvador Allende. ¿Cómo asimilar que imputa a los judíos el ser el pueblo que se caracteriza por la estafa, la falsedad, la calumnia y la usura? ¿Cómo intentar comprender su tesis docto-

RESEÑAS

ral *Higiene mental y delincuencia* y no pensar inmediatamente en *El mito del siglo xx* de Alfred Rosenberg (que fue llevado al cadalso sólo por haber escrito ese libro, según se estableció en los Juicios de Nueremberg)?

Cualquier excusa después de esta obra parece estéril. La comparación que en el libro se señala entre el proyecto de ley «sobre esterilización de los alienados» de Allende y la ley para precaver una descendencia con taras hereditarias en el III Reich es incontestable.

Pero mucho más grave que aquellos pensamientos expuestos por Allende resultaron sus relaciones con el SS Walter Rauff, y saber que Simon Wiesenthal encontró todo tipo de trabas para seguir la pista de nacional socialistas en Chile. Y ahora que el socialismo parece empeñado en pivotar sobre los movimientos de homosexuales para atacar el concepto de familia tradicional, no es baladí recordar que Salvador Allende asumía la opinión de los «científicos» que en su época pretendían curar la homosexualidad injertando trozos de testículos en el abdomen del paciente a «sanar» para devol-

verle a la heterosexualidad. O extirparles el timo para devolver la sensibilidad moral a los criminales.

Puede que sin deseárselo Farías se haya convertido en autor maldito. Y ocurre que a los autores malditos se les lee con mayor delectación. Esa que nos hace preguntarnos por qué se ha querido ocultar este pasado de Salvador Allende.

Nos consuela, al menos, saber que un Alcalde de la Alemania Oriental (antes RDA), que había rotulado calles, plazas, barrios y puentes con el nombre de Allende, ha invitado Víctor Farías a liderar con él la operación limpieza de retirar todo vestigio del nombre de quien quiso ser el «conductor» del marxismo en Chile, el mismo que —ahora lo sabemos— con su tesis doctoral se acercaba en postulados a los que indujeron las siniestras columnas de humo de Auschwitz. La verdad conduce a la dignidad, aquella que nos hace libres de Arcadias artificiales. No existe el «Mundo Feliz» del marxismo. Y Allende es una prueba más.

CARLOS MARTÍNEZ-CAVA ARENAS